

CARLOS CASTILLA DEL PINO (1922-2009)*

En la España que le tocó vivir, la figura y la obra de Castilla del Pino fue mucho más apreciada por los profesionales de las humanidades que por los de la psiquiatría. Él mismo buscó la compañía de filósofos, sociólogos y escritores con más agrado que la de sus colegas psiquiatras. Son abundantes los hechos que dan testimonio de ello: desde las editoriales en las que publicaba y las revistas en que colaboraba, hasta los invitados que seleccionaba para los seminarios de Antropología de la Conducta que organizaba anualmente en San Roque, sin olvidar el círculo de sus amistades personales. Esta querencia por los representantes de las humanidades y las ciencias sociales no es ajena a la naturaleza profunda de su obra teórica, en la que la fidelidad a la biomedicina (que en ningún momento dejó de estimar y cultivar) se articula con una fundamentación conceptual de carácter filosófico y sociológico que caracteriza decisivamente sus escritos. Con razón escribió Javier Muguerza que “la Psico(pato)logía de Carlos Castilla debería ser caracterizada, más bien que como una ‘teoría general de la conducta’ como una *teoría general de la actuación*, en el sentido que este vocablo —*performance*, en cuanto diferente, por ejemplo, de *competence*— tiene hoy, como decía, en la lingüística. La insistencia en la lingüística no es en manera alguna ociosa. Pues la lingüística, en efecto, es el modelo de ciencia en que la Psico(pato)logía ha de buscar, y busca de hecho, su inspiración.” (Muguerza, 1995, p. 578)

Ahora bien, la lingüística fue para Castilla del Pino más un punto de llegada que de partida. Antes hubo otras ramas de la filosofía y las ciencias sociales que le sirvieron de fundamento y le ofrecieron el marco conceptual de su reflexión teórica. Y esas disciplinas básicas fueron tan importantes que es en función de ellas como suelen distinguirse varias etapas en la trayectoria intelectual de Castilla. (Lázaro & Hernández-Clemente, 2009)

Castilla del Pino se formó en neurología y psiquiatría en el Hospital General de Madrid durante los años 1943-49. Por entonces practicó además neuropatología en el Instituto Cajal. Y uno de sus maestros, el psiquiatra Eugenio Olivares, le abrió su biblioteca personal y le inició en la literatura del siglo XX: Proust, Joyce, Pirandello, Kafka... (Lázaro, 2003)

En esta primera etapa de su obra pueden ser resaltados tres aspectos: 1) el interés por las bases neurológicas de las enfermedades mentales, que estudió en el Instituto Cajal; 2) la psicopatología de orientación fenomenológica que predicaba con entusiasmo su maestro de entonces, Juan José López Ibor; 3) la clínica psiquiátrica elaborada por autores como Kraepelin, Bleuler o Jaspers, que Castilla leyó detenidamente y aplicó en su práctica clínica. En *Préterito imperfecto* relató sus esfuerzos por adquirir una buena formación clínica, científica y cultural en el difícil contexto del Madrid de los años cuarenta.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación FFI-2008-03599: “Filosofía de las tecnociencias sociales y humanas”.



Tras el rechazo que sufrió en sus primeros intentos de acceder a una plaza universitaria, su respuesta a la hostilidad del entorno académico fue una simbólica retirada (en la Córdoba de los años cincuenta) a lo que podría llamarse (con expresión freudiana) un “espléndido aislamiento”: la realización de una ambiciosa obra personal que se alimentaría de tres fuentes: el contacto diario con los pacientes; el estudio solitario de la bibliografía psiquiátrica, de las ciencias sociales y de las disciplinas humanísticas, y el diálogo con los colaboradores y discípulos que pronto empezaron a buscar su magisterio. Era la forma que le quedaba de intentar transformar la marginación impuesta en la mayor libertad intelectual posible.

En las décadas de los cincuenta y los sesenta, la obra de Castilla del Pino recibe la influencia de sus lecturas sobre sociología, antropología, psicoanálisis y marxismo. La psicoterapia se articula con el análisis contextual, ya que los mecanismos psicodinámicos adquieren un sentido más pleno cuando su análisis se encuadra en el entorno social en el que se producen y la conducta personal se contrasta con el ámbito familiar y laboral. Definitivamente superada —para él— la fenomenología, su pensamiento se configura como una antropología dialéctica.

En los años finales del franquismo y en los primeros de la transición, la faceta social de su trabajo médico le llevó a un compromiso político que le convirtió en una figura pública de referencia para la izquierda española. Sus estudios sobre la mujer, sobre sexualidad y represión o sobre psicoanálisis y marxismo fueron lectura obligada para todo intelectual progresista. Su actividad como conferenciante y su presencia en los medios de comunicación era constante por entonces. Castilla del Pino se convirtió en esa época en un paradigma del intelectual políticamente comprometido.

En el aspecto conceptual, desde finales de los años sesenta había pasado a primer plano en su obra el interés por el lenguaje. La vida social es una red de relaciones interpersonales. Cada una de esas relaciones nos obliga a realizar interpretaciones de las conductas que podemos observar en nuestros semejantes, con el fin de conjeturar de forma adecuada sus motivaciones. Todo acto de conducta puede ser considerado como un discurso interpretable, y entre ellos el discurso hablado es particularmente importante, aunque no sea el único. El problema que plantea toda comunicación humana (dentro y fuera de la clínica) es el de realizar interpretaciones acertadas del mundo oculto del otro. La evolución intelectual de Castilla del Pino le llevó a buscar los fundamentos de esa interpretación en la lingüística, y en particular en la hermenéutica del lenguaje, la disciplina que permite comprender la significación de los actos de conducta para inferir a partir de ellos las motivaciones del sujeto.

Toda esta trayectoria le condujo a su intento más maduro de elaborar una ciencia de la conducta (y del sujeto de la conducta) que él denominaba “psico(pato)logía”, porque intentaría englobar tanto la psicología del sujeto sano como la patológica. Esta ciencia aspiraba a ser el *corpus* teórico que sirviese de base a la práctica psiquiátrica. Se apoyaba en la idea de que todo acto de conducta tiene sentido, por lo que el psicopatólogo tendrá que interpretar el sentido del discurso del paciente como primer paso para poder ayudarlo terapéuticamente. Es en este contexto donde se encuadran los artículos que publicó en la revista *Theoría*, cuyos títulos son bien significativos: “Orga-

nizadores de los juicios de realidad en el lenguaje natural” (1989) o “Interpretación, Interpretado, Intérprete” (1992).

A lo largo de toda esta trayectoria, Carlos Castilla hizo una obra personal de pensamiento psiquiátrico que se extiende al terreno filosófico, sociológico, antropológico y lingüístico. Esa obra ha trascendido los límites de su profesión y ha sido ampliamente reconocida en los círculos intelectuales. Pero no hay en ella desprecio alguno por el método científico experimental que la medicina ha ido perfeccionando desde el siglo diecisiete, ni por los intentos de investigar con él los aspectos orgánicos de los trastornos mentales. Hay, por el contrario, una ávida asimilación de sus logros y un auténtico entusiasmo, por ejemplo, por las aportaciones de la psicofarmacología desde los años cincuenta, y por los beneficios terapéuticos que han supuesto para enfermos psicóticos o depresivos. Castilla nunca ha negado que los avances farmacológicos —que él mismo vio nacer en los años cincuenta— han enriquecido la comprensión de los trastornos mentales y han mejorado en gran medida las condiciones de vida de los enfermos. Pero nunca ha ignorado que esos enfermos padecen también por una serie de razones personales y sociales que para un positivista estrecho quizá no tengan nada que ver con su ciencia (como decía Claude Bernard), pero que para un clínico riguroso tienen mucho que ver con las enfermedades de sus enfermos. Como médico, Castilla del Pino nunca ha minusvalorado las alteraciones físicas del organismo. Pero como psico(pato)logo teórico y práctico nunca ha ignorado la dimensión subjetiva del ser humano. Por eso ha sido siempre fiel al proyecto —nada fácil— de moverse a la vez en las *dos culturas*, las que la tradición germánica llamaba *ciencias de la naturaleza* y *ciencias del espíritu*, las que hoy llamamos *ciencias biológicas*, *humanidades* y *ciencias sociales*.

La obra psiquiátrica de Castilla del Pino puede ser entendida, por tanto, como una esperanzadora muestra de que las impagables aportaciones que la investigación biológica está proporcionando a los enfermos mentales no excluyen sino que requieren las aportaciones complementarias de la epistemología, de la sociología, de la hermenéutica del lenguaje, de la lógica formal o de la antropología cultural. Toda su obra puede ser considerada como un potente ejemplo de apertura intelectual en la compleja tarea de superar las perspectivas parciales y reduccionistas para elaborar una concepción integral y coherentemente articulada del funcionamiento normal y alterado del cerebro humano, del sujeto humano y de la conducta humana.

José Lázaro, Andrés Pandiella y Juan C. Hernández-Clemente
Universidad Autónoma de Madrid.
Fundación Iatros de Teoría de la Medicina.

REFERENCIAS

- Lázaro, J. 2003. Entrevista a Carlos Castilla del Pino. *Eidon, Revista de la Fundación de Ciencias de la Salud*, (11), pp. 30-37.
- Lázaro, J. & Hernández-Clemente, J.C., 2009. Carlos Castilla del Pino: la oposición psiquiátrica. *Claves de Razón Práctica*, (194), pp. 48-53.
- Muguerza, J., 1995. Alucinación, delirio, racionalidad. En: *Desde la perplejidad*. 2.^a ed., México: Fondo de Cultura Económica, pp. 575-585.